

El discurso canónico en la historiografía: los clásicos españoles

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

«Para poder leer a los clásicos hay
que establecer *desde dónde* se los lee».

Italo Calvino, *Por qué leer a los clásicos*,
Barcelona, Tusquets, 1994, p. 18.

Dudas en el horizonte

Cuando el año 2003 la editorial Urgoiti lanzó su catálogo de la colección *Historiadores*, el manifiesto que lo antecedía como declaración de intenciones esbozaba ya la necesidad de constituir a los historiadores y sus obras en objeto de conocimiento:

«Los historiadores han emprendido la investigación de los múltiples modos de hacer historia, cada uno con su distinto sentido de verdad. Así se han dado cuenta del importante papel jugado por el historiador, en cada momento, en la construcción de la imagen del mundo y de la identidad colectiva»¹.

Desde entonces hasta hoy han aparecido 17 volúmenes que comienzan a esbozar un panorama historiográfico, un conjunto de hitos que balizan el territorio de la práctica de la historia². No puede

¹ *Catálogo general. Colección Historiadores*, Pamplona, Urgoiti, 2003, p. 7.

² Por este orden: TORRE, G. de: *Literaturas europeas de vanguardia*, edición de J. L. CALVO CARILLA; LAFUENTE, M.: *Discurso preliminar. Historia general de España*, edición de J. S. PÉREZ GARZÓN; GARCÍA ORMAECHEA, R.: *Supervivencias feudales en España. Estudio de legislación y jurisprudencia sobre señoríos*, edición de P. RUIZ TORRES;

ignorarse la relevancia de esta propuesta, pues de algún modo está perfilando un canon historiográfico, una tradición en la que insertar la práctica actual, la base sobre la que construir la historia de la historiografía.

Sin embargo, ante una pretensión de estas características cabe plantear dudas que surgen del contexto intelectual que nos rodea, a saber: ¿cabe construir un metarrelato en un tiempo de aguda crítica contra las metanarrativas?, ¿cabe plantear una historiografía española en un marco político que tiende a cuestionar su existencia y validez?, ¿cabe señalar ancestros historiográficos en un panorama que cuestiona los modelos previos y habla de crisis de paradigmas?, ¿qué tenemos que ver con historiadores alejados hasta en dos siglos de nuestros planteamientos?, ¿cómo recoger, utilizar o asumir un panorama profesional e intelectual cargado de todas las taras de sus respectivos tiempos?

Muchas de estas preguntas no dejan de ser mera retórica, intentos de mostrar las dudas que se han extendido sobre la cuestión del canon en otras disciplinas integrantes del siempre etéreo mundo de las ciencias humanas y sociales. Y es que lo que en principio no dejaría de ser más que otro reflejo de las habituales disputas intestinas en cada una de las disciplinas, ya desde los años ochenta trascendió al gran público, primero en Estados Unidos, luego, como efecto dominó de la globalización cultural imperante, en el resto del mundo

HINOJOSA Y NAVEROS, E.: *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, edición de M. PESET; UREÑA Y SMENJAUD, R.: *Legislación gótico-hispana (leges antiquiores-Liber Iudiciorum). Estudio crítico*, edición de C. PETIT; PABÓN Y SUÁREZ DE URBINA, J.: *Las ideas y el sistema napoleónicos*, edición de C. SECO SERRANO; TUBINO, F. M.^a: *Historia del renacimiento literario contemporáneo en Cataluña, Baleares y Valencia*, edición de P. ANGUERA; D'ABADAL, R.: *L'abat Oliba, bisbe de Vic, i la seva època*, edición de F. VILANOVA I VILA-ABADAL; VICENS VIVES, J.: *Juan II de Aragón (1398-1479): monarquía y revolución en la España del siglo XV*, edición de P. FREEDMAN y J. M.^a MUÑOZ I LLORET; BOSCH GIMPERA, P.: *Etnología de la Península Ibérica*, edición de J. CORTADELLA; CODERA Y ZADÍN, F.: *Decadencia y desaparición de los almorávides en España*, edición de M.^a J. VIGUERA MOLINS; CÁNOVAS DEL CASTILLO, A.: *Bosquejo histórico de la Casa de Austria en España*, edición de D. CASTRO; SCHULTEN, A.: *Historia de Numancia*, edición de F. WULFF; MONTERO DÍAZ, S.: *De Caliclés a Trajano*, edición de A. DUPLÁ; MÉLIDA Y ALINARI, J. R.: *Arqueología española*, edición de M. DÍAZ-ANDREU; VALERA, J.: *Obra histórica*, edición de L. ROMERO, y, el último aparecido hasta el momento de redacción de estas líneas, PIRALA Y CRIADO, A.: *Vindicación del general Maroto y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara*, edición de P. RÚJULA. Para más detalles puede verse www.urgoitieditores.com.

occidental. Las consecuencias del debate académico han trascendido con mucho sus marcos y han saltado al campo de la opinión pública, incidiendo especialmente en el ámbito de la enseñanza y generando vivísimas polémicas por doquier: Estados Unidos, Reino Unido, Japón, Alemania, España...

Tras la pista del canon

Cuando en 1729 se publicó el segundo volumen del *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia de la Lengua, la definición de la palabra canon se limitaba a su aspecto más puramente eclesiástico³. En la edición de 1780 se reforzaba este aspecto, pero además se le añadía una significativa novedad: «Catálogo o lista». Sólo al final del siglo XIX, concretamente en 1899, se incorporaba el sentido artístico del término: «Regla de proporciones de la figura humana, conforme al tipo ideal aceptado por los escultores griegos»⁴. No ha habido prácticamente más cambios en las posteriores ediciones de los diccionarios de la Academia salvo en su contenido más puramente eclesial. En castellano, como puede verse, el sentido de la palabra canon ha estado vinculado a la Iglesia, con su componente de jerarquía y orden, de regla, precepto o autoridad. Algo similar ocurre en inglés, como refleja Shakespeare en *Hamlet* (I, 2): «*Or that the Everlasting had not fixed his canon gainst self-slaughter*». En cambio, en francés, aunque primordialmente vinculada al terreno de lo eclesiástico, parece estar más claro el carácter de modelo, especialmente, aunque no sólo, en el terreno de la literatura⁵. En italiano, por su parte, la insistencia en lo ejemplar dentro de lo artístico se impone sobre el resto de los significados. En definitiva, se trata de una palabra cuyo uso, originariamente eclesiástico, captó el sentido más puramente ordenancista, de regla o ejemplo, con el que se trasladó al mundo secular a partir del siglo XVIII de la mano de filólogos como David Rühnken (1723-1798).

No voy a entrar en la cuestión del canon artístico y sus diversas variantes estilísticas y temporales, pero sí creo necesario tocar la cues-

³ La consulta de las sucesivas ediciones del diccionario en www.rae.es.

⁴ Significativamente, en la edición de 1925, en plena fiebre Tutankamon-Carter, se añadió a los escultores griegos, antecediéndolos, los egipcios.

⁵ Referencias procedentes de www.academie-francaise.fr/dictionnaire.

tión en el campo de la literatura, donde la controversia se convirtió en factor determinante a partir de los años sesenta⁶. Sin entrar en grandes detalles, cabe decir que ya en ese periodo tuvo lugar un intenso debate entre Roland Barthes y Raymond Picard sobre la integración de componentes ideológicos en la crítica literaria⁷, que posteriormente daría el salto al mundo de la crítica norteamericana, insistiendo especialmente en los elementos contrarios al sistema de poder académico, pero también a los modelos tradicionales de reflexión y análisis de lo literario. El impacto del ya mencionado Barthes, junto con Jacques Derrida o Michel Foucault, mostró un nuevo panorama conforme avanzaron los años setenta. En él, la perspectiva de grupos sociales marginales al esquema académico predominante se convirtió en una llamada radical a la confrontación. En último término, el desafío no se limitaba a lo estrictamente académico, sino que en semejante contexto trataba de trascender ese marco para repercutir en un modelo social que se consideraba retrógrado, anquilosado, escaso reflejo de la realidad percibida cada vez más como complejidad.

Como mostraron algunos de los estudios que, en el seno de la polémica, trataban de arrojar luz sobre un debate que trascendía lo meramente académico, la controversia sobre el canon literario era un fenómeno profundamente enraizado en su tiempo, es decir, recogía los elementos centrales de la sociedad que la generaba: «*The question of the canon grows directly from the impact of the social movements of the 1960s on the profession. [...] The question of what we taught and what we read was pressed on us both by a changing student population –increasingly vociferous about what it wanted to know— and by the extraordinarily rapid process of discovery in new fields like black studies and women's studies*»⁸. Ante el cambio de contexto, se hacía necesaria una nueva teorización sobre el canon, su profunda revisión. Sin embar-

⁶ Una buena reflexión de conjunto es la que ofrece POZUELO YVANCOS, J. M., y ARADRA SÁNCHEZ, R. M.: *Teoría del canon y literatura española*, Madrid, Cátedra, 2000, especialmente pp. 15-120.

⁷ BARTHES, R.: *Critique et vérité*, París, Seuil, 1966, y PICARD, R.: *Nouvelle critique ou nouvelle imposture*, París, Jean Jacques Pauvert, 1966.

⁸ Así lo afirma LAUTER, P., en *Canons and contexts*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, especialmente pp. 3-172, pp. 7-8 para la cita. Desde un punto de vista diferente, aunque también crítico, BRANTLINGER, P.: *Who killed Shakespeare?: What's happened to English since the radical sixties*, Londres, Routledge, 2001, pp. 1-30.

go, dado el contexto, una decisión tal exigía asumir los cambios ocurridos en el conjunto de la sociedad.

Extendido el debate más allá del límite de lo académico e intelectual, sus repercusiones han difundido las cuestiones ideológicas que se sitúan en el fondo y las han hecho patrimonio común. El salto a los medios de comunicación produjo, desde mediados de los ochenta, una cascada de reacciones y, sobre todo, un enconamiento del debate, salpicando cada vez más aspectos de lo que ampliamente podríamos calificar como el ámbito cultural. En este sentido, resultó determinante la definición del «enemigo»: por un lado, los integrantes de diversos «ismos» (feminismo, multiculturalismo, postestructuralismo, posmodernismo, neo-historicismo, etc.) y, por otro, los defensores de un *statu quo* y una tradición cultural asociada a la vaga etiqueta de la cultura o la civilización occidental; progresistas los primeros, conservadores los segundos⁹. En cierto modo, no deja de ser una repetición del viejo debate entre antiguos y modernos que sacudió los ambientes intelectuales de la Francia de fines del siglo XVII: defensa a ultranza de unos valores tradicionales, eternos, o impulso a la razón, al progreso, al cambio. Evidentemente, aunque el fondo del debate se asemeja, las circunstancias varían, como en la presente politización e ideologización del conflicto o, sobre todo, en las repercusiones sobre el conjunto de la sociedad a través del sistema de difusión cultural por excelencia: la enseñanza. A ello habría que añadir la discusión en torno al valor de las ciencias humanas y sociales en nuestras sociedades, su papel y el de quienes las practican desde el mundo universitario¹⁰.

⁹ Véase, por ejemplo, COPE, B., y KALANTZIS, M.: «White noise: the attack on political correctness and the struggle for the Western Canon», *Interchange*, 28/4 (1997), pp. 283-329. Aquí cabría incluir las polémicas en torno a la expresión pública de lo políticamente correcto, concretada en obras a favor y en contra, entre las que pueden citarse: BERMAN, P.: *Debating P. C. The controversy over political correctness on college campuses*, Nueva York, Dell, 1992; AUFDERHEIDE, P. (ed.): *Beyond P. C. Toward a politics of understanding*, Saint Paul, Graywolf Press, 1992; WILSON, J. K.: *The myth of political correctness: the conservative attack on higher education*, Durham, Duke University Press, 1995; NEWFIELD, C., y STRICKLAND, R. (eds.): *After political correctness. The humanities and society in the 1990s*, Boulder, Westview Press, 1995; GOMIS VAN HETEREN, A.: *Political correctness in context (the PC controversy in America)*, Almería, Universidad de Almería, 1997. Desde el punto de vista de la historia, cabe destacar el crítico libro de WINDSCHUTTLE, K.: *The killing of history. How literary critics and social theorists are murdering our past*, Paddington, MacLeay, 1996.

¹⁰ DUMOULIN, O.: *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris,

El aldabonazo, como es bien conocido, vino a través de las impactantes reivindicaciones de la tradición occidental de autores como Allan y Harold Bloom o David Denby¹¹, que en último término reivindican el papel de la memoria para el conocimiento, situándose en el papel de los «antiguos» frente a los «modernos» de la posmodernidad y los movimientos críticos de los últimos años. Sin embargo, esta capacidad de sacudir conciencias se asoció, inicialmente en Estados Unidos, a posiciones conservadoras o ultraconservadoras, especialmente en lo relativo a sus repercusiones en el campo de la educación. Uno de los objetivos de la creciente voluntad integradora de las minorías en las disciplinas humanísticas, tradicionalmente elitistas en su práctica y temática, fue la crítica al canon como el lugar que encarnaba los valores que se rechazaban. Por ello, frente al multiculturalismo o la democratización de perspectivas de análisis propugnada desde sectores progresistas —y en ocasiones también

Albin Michel, 2003; CASPISTEGUI, F. J.: «Sobre el papel social del historiador o ¿para qué servimos?», *Memoria y Civilización*, 6 (2003), pp. 191-207; para WAGNER, J. [«A subtle tyranny: rediscovering the purpose of the liberal arts», *Interchange*, 29/3 (1998), p. 328], «the erosion of shared epistemic standards and the ideological strife that characterizes the intellectual state of the academy is in part consequence of institutionalized pressures arising from an inappropriate emphasis on specialization».

¹¹ BLOOM, A.: *The closing of the American mind. How higher education has failed democracy and impoverished the souls of today's students*, Nueva York, Simon and Schuster, 1987; *Giants and dwarfs*, Nueva York, Touchstone, 1991. Una crítica a sus planteamientos desde la historia es la de LEVINE, L. W.: «There is, finally, the same sense that culture is something created by the few for the few, threatened by the many, and imperiled by democracy; the conviction that culture cannot come from the young, the inexperienced, the untutored, the marginal; the belief that culture is finite and fixed, defined and measured, complex and difficult to access, recognizable only by those trained to recognize it, comprehensible only to those qualified to comprehend it» (*Highbrow/Lowbrow. The emergence of cultural hierarchy in America*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1988, p. 252); una revisión del primer y polémico libro de Bloom en STONE, R. L. (ed.): *Essays on the closing of the American mind*, Illinois, Chicago Review Press, 1989. Desde el punto de vista de la historia, puede verse la crítica de MATTHEWS, F.: «The attack on "historicism": Allan Bloom's indictment of contemporary American historical scholarship», *The American Historical Review*, 95/2 (1990), pp. 429-447. BLOOM, H.: *The Western canon: the books and school of the ages*, Nueva York, Harcourt Brace and Co., 1994, o su más reciente *¿Dónde se encuentra la sabiduría?*, Madrid, Taurus, 2005 (ed. original, Nueva York, Riverhead Books, 2004); DENBY, D.: *Great books: My adventures with Homer, Rousseau, Woolf, and other indestructible writers of the Western World*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996 (hay edición en castellano, Madrid, Acento, 1997).

claramente radicales—¹² de las universidades anglosajonas, surgió un rechazo encarnado en acciones políticas encabezadas por el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, o Margaret Thatcher en el Reino Unido. Ante lo que se consideraba una amenaza para la identidad cultural —nacional— de esa apertura, se procedió a la reivindicación de «verdades» básicas, trasladadas a unos contenidos mínimos en la enseñanza de las humanidades. En ese contexto, reverdeció la idea del canon occidental restringido y restrictivo, como recogían unas declaraciones de Rush Limbaugh en 1994: «*In schools, we are teaching kids about tribal Africa instead of Aristotle*»¹³. Paradójicamente, la declinante presencia pública de las humanidades saltaba a la arena política y a la puesta en práctica de acciones legislativas concretas. Y era paradójico porque esa influencia no la motivaba la relevancia de las opiniones vertidas desde el mundo académico, sino su uso como herramienta e instrumento para un rearme ideológico. Era sólo un elemento más de una confrontación a mayor escala.

De hecho, la controversia no surgió como una forma de cuestionar los principios que llevaban a la necesidad de constituir un canon que recogiera lo más representativo, valioso o importante de una literatura —en este caso concreto—, sino sobre todo porque dicha decisión implicaba exclusiones. A partir de los mencionados años sesenta, con una activa toma de conciencia de los marginados social, política e intelectualmente, se produce la asociación entre dichos movimientos de reivindicación y sus respectivas tradiciones literarias. Como indica John Guillory, «*this sense of representation, the representation of groups by texts, lies at a curious tangent to the concept of political representation*»¹⁴.

¹² John Guillory señala respecto al carácter representativo de los textos literarios en el seno de los sectores más radicalmente críticos contra el canon: «*By constructing the canonical text as determined by the social identity of the author, the current critique of the canon both discovers and also mystifies the obvious fact that the older the literature, the less likely it will be that texts by socially defined minorities exist in sufficient numbers to answer the demand of representational diversity*» [«Canon, syllabus, list: a note on the pedagogic imaginary», *Transition*, 52 (1991), p 41].

¹³ Recogido por COPE, B., y KALANTZIS, M., «White noise...», p. 284.

¹⁴ GUILLORY, J.: «Canonical and non-canonical: a critique of the current debate», *English Literary History*, 54/3 (1987), p. 484; véase también su «Canon, syllabus, list...», pp. 36-54, donde afirma: «*canonical authors in some sense "represent" their race, gender, or class constituencies*» (p. 37).

Pero ¿por qué se convirtió precisamente al canon en el objeto de esa crítica? Primero porque se consideraba que encarnaba una distinción, la exclusión de unos y la inclusión de otros; en definitiva, porque implicaba que los incluidos habían alcanzado el estatus definitivo, la inmortalidad; segundo, porque dicho proceso de inclusión o exclusión significaba el ejercicio de un poder, académico, cultural y, en último término, también político¹⁵. Una solución había sido la incorporación de elementos ajenos al canon a su interior, pero ello no hacía sino reforzarlo, insertando en él aquellos grupos o identidades culturales cuya representación ostentaban. Podemos recurrir a Kuhn y a su idea de comunidad científica, aquella que interviene y decide la inclusión o exclusión, la legitimidad de las propuestas o la científicidad del conocimiento en el interior de las disciplinas¹⁶; o podemos acudir a Pierre Bourdieu para quien, «cuanto más avanzada está una ciencia, por lo tanto, dotada de un bagaje colectivo considerable, más la participación en una lucha científica presupone la posesión de un capital científico considerable»; en definitiva, para él, «las revoluciones científicas no son cosa de los más pobres, sino de los más ricos científicamente», de aquellos para los que «la inversión de la definición dominante es la forma específica que toman en esos universos las revoluciones»¹⁷. Todo ello nos remitiría, en cualquier caso, al carácter construido del canon, a su historicidad, a la necesidad de una «*[i]n-depth examination of specific socio-cultural configurations [...] which were responsible for canonizing certain cultural repertoires in the past*»¹⁸. Más allá de la representatividad del canon, interesa conocer el contexto de producción y de recepción de esa

¹⁵ Dice Pierre Bourdieu que «[u]na de las apuestas mayores de las luchas que se desarrollan en el campo literario o artístico es la definición de los límites del campo, es decir, la participación legítima en las luchas», en *Cosas dichas*, Barcelona, Gedisa, 1993, p. 146 (ed. original, París, Minuit, 1987).

¹⁶ KUHN, T. S.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, FCE, 1978, pp. 80-91 (ed. original, Chicago, University of Chicago Press, 1962).

¹⁷ BOURDIEU, P.: *Lección sobre la lección*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 26, para las dos primeras citas; *Cosas dichas*, p. 147, para la tercera. Sobre su noción de capital cultural, véase el libro que publicó con PASSERON, J.-C.: *La reproduction: éléments pour une théorie du système d'enseignement*, París, Minuit, 1970, pp. 87-129; «El campo intelectual: un mundo aparte», en *Cosas dichas*, pp. 143-151.

¹⁸ SELA-SHEFFY, R.: «Canon formation revisited: canon and cultural production», *Neobelicon*, 2 (2002), p. 143. John Guillory concretaba esta propuesta al afirmar que «sólo podía recuperarse el proceso de creación del canon a través del estudio de la escuela» («Canonical and non-canonical...», pp. 498-499).

obra, más allá incluso de la obra misma, porque ello permitirá comprender el proceso de constitución de ese canon en el que se inserta o incluso del que ha sido excluida. Esto puede llevar a considerar la construcción del canon como un proceso cultural reflejo de las condiciones de su elaboración. Como señala Frank Kermode, «[c]hanges in the canon obviously reflect changes in ourselves and our culture. It is a register of how our historical self-understandings are formed and modified. At the simplest level, we know about the differences between our own understandings of old texts and the understandings of our predecessors, or even those of contemporaries in disagreement because of generational differences, or contrary political presumptions»¹⁹. Por ello, el canon no sería algo positivo o negativo en sí mismo, sino un índice del contexto que lo produjo. En palabras de George Steiner, «[t]odo intento de comprensión, de “correcta lectura”, de recepción sensible, es, siempre, histórico, social e ideológico»²⁰.

Uno de los aspectos de ese proceso de elaboración es el hecho incuestionable de que el canon constituye los contenidos de la enseñanza, en buena medida porque supone transmisión. La inclusión en el canon implica el derecho a la transmisión, la inserción en una red que actúa como respaldo y que cambia la percepción del objeto. Por ello, la escuela juega en ese proceso un papel fundamental, el de la reproducción del modelo canónico, el de su transmisión y legitimación, el de la gestión del capital cultural mucho más allá del tiempo y las condiciones de creación de ese canon. En ese proceso, señala Bourdieu, la escuela se reproduce a sí misma y, con ella, también el orden social²¹. Esta idea fue recogida por iniciativas concretas, tales como los Harvard Classics, desde 1909, o los programas

¹⁹ «Change», en KERMODE, F.: *Pleasure and change. The aesthetics of canon*, Oxford, Oxford University Press, 2004, p. 36.

²⁰ Errata. *El examen de una vida*, Madrid, Siruela, 1998, p. 34 (ed. original, 1997).

²¹ *La reproducción...*, op. cit., pp. 230-253, donde dice: «le système scolaire [...] est à la société bourgeoise en sa phase actuelle ce que d'autres formes de la légitimation de l'ordre social et de la transmission héréditaire des privilèges ont été à des formations sociales qui différaient par la forme spécifique des rapports et des antagonismes entre les classes que par la nature du privilège transmis» (p. 252); véase también la «Entrevista sobre la educación», en su *Capital cultural, escuela y espacio social*, México, Siglo XXI, 2000, pp. 145-176; con PASSERON, J.-C.: *Les héritiers. Les étudiants et la culture*, París, Minuit, 1964. Un análisis de estos aspectos en MARTÍN CRIADO, E.: «De La reproducción al campo escolar», en ALONSO, L. E.; MARTÍN CRIADO, E., y MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.): *Pierre Bourdieu: las herramientas del sociólogo*, Madrid, Fundamentos, 2004,

vinculados a lo que, genéricamente, se denominaba «Western Culture», un intento de fijar de forma pedagógica el canon occidental a través de listas²². Esto no implicaba inmutabilidad, sino el mantenimiento de la tradición canónica con los retoques que cada momento impusiera, aunque sin cuestionar el fondo último de lo heredado. Todo ello adoptaría formas de transmisión concretas, prácticas tan específicas como la historia de la literatura, la historia, la historia del arte o la de la filosofía, en definitiva, los elementos del currículum escolar. Cada una de estas áreas del conocimiento contaría con sus propias listas, con su propio canon, inserto en el más amplio que, como parte de una cultura o una civilización, daría un sentido global a todos ellos. Como metarrelatos que trataban de dar sentido de totalidad, los diversos cánones confluían y buscaban una coherencia, una unidad.

pp. 67-114; y en POZUELO YVANCOS, J. M., y ARADRA SÁNCHEZ, R. M.: *Teoría del canon*, pp. 105-120.

²² ELIOT, C. W. (ed.): *The Harvard Classics*, Nueva York, P. F. Collier & Son, 1909-1917; *Great books of the Western world*, 60 vols., Chicago, Encyclopaedia Britannica, 1993 (2.ª ed. original, 1952). Analiza la cuestión desde un punto de vista editorial REGO BARRY, R.: «The neo-classics. (Re)publishing the “Great Books” in the United States in the 1990s», *Book History*, 6 (2003), pp. 251-275. Aunque analiza los años noventa, considera que han existido tres grandes momentos de reedición de clásicos: 1900-1920, 1945-1960 y 1990-2000 (p. 254). Son muchos los ejemplos de listas o antologías que compendian el canon. Una de las más conocidas —y criticadas— es la ya mencionada de Harold Bloom, pero cabe citar las de HIRSCH, E. D.: *Cultural literacy: what every American needs to know*, Boston, Houghton Mifflin, 1987 [señala en él: «*This book explains why we need to make some very specific educational changes in order to achieve a higher level of national literacy*», en buena medida porque «*literacy is far more than a skill and [...] it requires large amounts of specific information*», pp. 1-2]; *Books to build on. A grade-by-grade resource guide for parents and teachers*, Nueva York, Delta, 1996; *The schools we need and why we don't have them*, Nueva York, Doubleday, 1996. Otro ejemplo más es el de LAVALL, S. (ed.): *The Norton anthology of Western literature*, Nueva York, W. W. Norton & Co., 2004 (8.ª ed.), en cuyo prólogo, sin mencionar la palabra canon, se afirma: «*The literature of the Western tradition is a celebrated stream of rich and diverse texts that have brought enjoyment and wisdom to readers for—in some cases—thousands of years. As the tradition has evolved and expanded over time, certain authors have been read and reread with remarkable continuity, even as perspectives on their work have changed with changing cultural attitudes. [...] As we have done in the past, the editors have made a number of additions to the list of celebrated authors in the anthology*» (p. xxv).

Sin embargo, como veíamos, llegó un momento en el que los metarrelatos se vieron cuestionados²³. La crítica del canon fue un objetivo central y su mera existencia implicaba un desafío para ciertos sectores. Esta actitud fue especialmente manifiesta en el ámbito literario, pero no solamente en él. Así, por ejemplo, en 1978, Paul Samuelson publicaba un artículo en el que defendía la existencia de un modelo dinámico de equilibrio, crecimiento y distribución compartido por autores como Adam Smith, David Ricardo, Thomas Malthus, John Stuart Mill y, con matices, incluso Marx. Ése era el modelo canónico, un esquema válido incluso para el futuro: «*within every classical economist there is to be discerned a modern economist trying to be born*»²⁴. Sin embargo, esta propuesta de canon encontró críticos que insistían en el carácter construido de ese proceso: «*The “canonical” model can only be said to be present in the Wealth of Nations on the basis of a very selective choice of texts*»²⁵. De ahí se deducía la utilidad de estas propuestas, «*not for what it reveals about Adam Smith*

²³ Tal vez el ataque más duro contra ellos vino de la mano del libro de LYOTARD, J. F.: *La condition postmoderne. Rapport sur le savoir*, París, Minuit, 1979. Como síntoma de la crítica desatada contra estas posturas desde el marxismo, véanse las palabras siguientes acerca del libro de Lyotard: «la influencia que ejerció el libro guardó proporción inversa a su interés intelectual, en cuanto que se convirtió en inspiración de un relativismo ramplón que a menudo pasa, entre amigos y enemigos por igual, por ser la marca distintiva de la posmodernidad» [ANDERSON, P.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000, p. 41 (ed. original, Londres, Verso, 1998)].

²⁴ «The canonical classical model of political economy», *Journal of Economic Literature*, 16/4 (1978), pp. 1415-1434; la cita en la p. 1415. Insistió en estas ideas posteriormente: «Noise and signal in debates among classical economists: a reply», *Journal of Economic Literature*, 18/2 (1980), pp. 575-578; «Out of the closet: a program for the Whig history of economic sciences», *History of Economics Society Bulletin*, 9/1 (1987), pp. 51-60, en el que dice: «*In the course of discussing the works of past scientists, we are producing works that will be grist for the mills of those who will follow us –I mean who will come after us, after us with scalpels and hemp*» (p. 58), y «The classical classical fallacy», *Journal of Economic Literature*, 32/2 (1994), pp. 620-639. Una defensa de estas propuestas en BROWN, V.: *Adam Smith's discourse. Canonicity, commerce and conscience*, Londres, Routledge, 1994.

²⁵ HOLLANDER, S.: «On Professor Samuelson's canonical classical model of political economy», *Journal of Economic Literature*, 18/2 (1980), pp. 559-574; la cita en la p. 573. Otras críticas en MACKIE, C. D.: *Canonizing economic theory. How theories and ideas are selected in economics*, Londres, M. E. Sharpe, 1998. Una revisión de estas cuestiones en el libro de PSALIDPOULOS, M. (ed.): *The canon in the history of economics. Critical essays*, Londres, Routledge, 2000.

but for what it reveals about the modern model builder»²⁶. En último término, «[c]urrent issues about canons, or “the” canon, are, of course, more generically about the constitution of authority and tradition in social groups»²⁷; pero, ¿realmente el debate sobre el canon se limita a una lucha de poder entre sectores académicos y sus derivaciones político-ideológicas posteriores?, ¿el canon hay que analizarlo desde una perspectiva que prime el poder del discurso asociado a grupos concretos? Regresando a Kuhn, ¿estamos ante la crítica a unas comunidades científicas cuyas pautas de comportamiento se cuestionan?²⁸. Y, de nuevo con el historiador de la ciencia, ¿asistimos a un proceso de cambio revolucionario de paradigmas, de rechazo de la ciencia «normal»? En definitiva, y por lo que atañe más directamente a estas páginas, ¿es una audacia irreflexiva mostrar los modelos que presuntamente presiden la evolución de la historia disciplinar en España? O, de forma más general, ¿tiene sentido buscar un canon en

²⁶ KURDAS, C.: «The “Whig historian” on Adam Smith: Paul Samuelson’s canonical classical model», *History of Economics Society Bulletin*, 10/1 (1988), pp. 13-23. La cita en la p. 19.

²⁷ MARCUS, G. E.: «A broad(er) side to the canon: being a partial account of a year of travel among textual communities in the realm of humanities centers and including a collection of artificial curiosities», *Cultural Anthropology*, 6/3 (1991), pp. 385-405; la cita en la p. 385. De hecho, él mismo señala que es una cuestión esencialmente estadounidense, «a particularly reflexive question of a sociology-of-knowledge sort concerning the nature of the institutions that generate humanities scholarship» (p. 388). En último término, «[d]ebate about the canon reproduces the fiction of the old categories, and has great nostalgic appeal. There is a conservative, orthodox authority, which various liberal/left positions can resist» (p. 389).

²⁸ Una influencia de gran importancia en esta cuestión fue la difusión de la idea de las comunidades interpretativas por Stanley Fish: «it is interpretive communities [...] that produce meanings and are responsible for the emergence of formal features. Interpretive communities are made up of those who share interpretive strategies not for reading but for writing texts, for constituting their properties. In other words these strategies exist prior to the act of reading and therefore determine the shape of what is read rather than, as is usually assumed, the other way around» [Is there a text in this class? The authority of interpretative communities, Cambridge, Cambridge University Press, 1995 (1.ª ed., 1980), p. 14]. Todo ello en un contexto que había asistido pocos años antes a la propuesta de Clifford Geertz para el análisis e interpretación en profundidad de fenómenos culturales —en sentido antropológico— que permitieran extrapolar conclusiones para el conjunto de la sociedad. Su definición de cultura como una compleja red de significados se acercaría a la propuesta de Fish (*The interpretation of cultures. Selected essays*, Nueva York, Basic Books, 1973). En definitiva, la comunidad académica, basada en los textos —y en formas de comunicación oral, añade George E. Marcus [«A broad(er) side to the canon»]—, ejercería un control estricto del proceso de creación de ciencia.

historia? Una respuesta indirecta la podemos tomar de Frank Kermode: «*Can we really speak of a canon of literary-academic studies? It has perhaps grown a little more difficult to do so, but I think the answer is still yes*»²⁹.

¿Existe un canon en historia?

Cuando, al final de su biografía de Ferran Soldevila, Enric Pujol se pregunta por los motivos que hacen de su biografiado un clásico, traza una serie de rasgos que confirman esta idea. Sin embargo, constata que este clasicismo no es una obviedad, distinguiendo entre la condición de clásico y la percepción cultural de la misma, muy dependiente del contexto en que se desarrolla. De alguna manera, reivindica la necesidad de reconocer ese carácter, de tomar conciencia de él. Pero, a diferencia de los estudios literarios, en el ámbito historiográfico, en la arqueología del conocimiento histórico, el objeto no es tanto determinar la lista de los autores que componen el canon, o incluso señalar las obras concretas que le dan contenido, sino construir un relato a partir de esos elementos canónicos, explicar la propia disciplina histórica, sus ancestros y la sociedad que la acoge³⁰. Como indica Enric Pujol, la historiografía ha de tener sus propios clásicos, pero también una visión de conjunto³¹. Además, señala George E. Marcus, a diferencia también del campo literario, en historia «*the canon is composed of works that the professional historian produces guild-like –an internal literature*»³². El canon histórico es objeto de uso

²⁹ *The art of telling. Essays on fiction*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1983 (1.ª ed., 1972), pp. 176-177.

³⁰ Creo que esta idea difiere de la propuesta en el atractivo libro de SÁNCHEZ RON, J. M.: *El canon científico* (Barcelona, Crítica, 2005): «Lo que busco es construir un canon científico en el mismo sentido que Bloom, esto es, pretendo aislar las cualidades que convierten a las obras y científicos que incluyo en canónicos, es decir, en autoridades de nuestra cultura» (p. 13). De alguna manera, el valor de lo canónico radica en los libros por sí mismos. Como señala al hablar de Boyle, Huygens y Hooke, «el nombre de los tres está asociado a libros que dejaron su marca en la historia de la ciencia» (p. 114); o, al introducir la ciencia en el siglo XX, se refiere a los «[l]ibros que merezcan formar parte del bagaje cultural de nuestra época y, acaso, también de otras venideras» (p. 312).

³¹ PUJOL, E.: *Història i reconstrucció nacional. La historiografia catalana a l'època de Ferran Soldevila (1894-1971)*, Catarroja, Barcelona, Afers, 2003, pp. 341-348.

³² MARCUS, G. E.: «A broad(er) side to the canon», p. 399.

interno a la propia disciplina, mucho más difícilmente expuesto a la visión crítica o complaciente del resto de la sociedad. Además, dado el discurso dominante sobre la veracidad y objetividad del conocimiento profesional del pasado, desde la consolidación de la historia como disciplina hasta bien avanzado el siglo XX, sus afirmaciones se tenían por incuestionables o como un saber cerrado y definitivo, positivo y científico³³. Y ello al menos hasta la llegada de la crítica posmoderna. Uno de sus más conspicuos representantes en el ámbito historiográfico señalaba: «Los componentes de la narrativa histórica son verdaderos, pero al mismo tiempo la historiografía también contiene un elemento de “ficción”, que tan difícil es de tratar dentro del modelo de correspondencia en la relación entre el lenguaje y la realidad». Esto implicaba, para el mismo autor, que «*we no longer have any texts, any past, but just interpretations of them*»³⁴.

Además de críticas y objeciones a la forma tradicional de afrontar el conocimiento del pasado como la mencionada, uno de los com-

³³ No es de extrañar que uno de los primeros llamamientos serios a lo cuestionable de este principio, el libro de Peter Novick (*That noble dream. The “objectivity question” and the American historical profession*, Cambridge, Cambridge University Press, 1988) causase una polémica considerable, muy comprensible en el contexto de crítica a los principios disciplinares tenidos como incuestionables en las humanidades. Charles Tilly, en la crítica reseña que hizo a este libro, señala: «*The lengthy final survey of consonances between today’s relativist currents in literature, anthropology, philosophy, and history makes many useful connections, but in no way establishes the disintegration of an earlier consensus; that consensus never existed*» [*Contemporary Sociology*, 19/4 (1990), pp. 535-537, la cita en esta última]. Geoffrey Elton, desde su conocida posición frente a las novedades posmodernas, señalaba el objetivo del historiador en el presente más allá de las teorías procedentes de otras disciplinas: «*he must make that past and his inhabitants comprehensible to the present rather than use the past and those people in order to offer to the present day consolation or exhortation*», y terminaba señalando: «*The claims of the people of the past to be understood in their own right must come before the claims of the operator to promote his own self. And the proliferating gurus of the day call for critics, not for disciples*» [reseña al libro de Novick en *The Journal of Economic History*, 49/3 (1989), pp. 775-777, las citas en esta última]. Desde un punto de vista conscientemente «pragmático», KLOPPENBERG, J. T.: «Objectivity and historicism: a century of American historical writing», *American Historical Review*, 94/4 (1989), pp. 1011-1030, que concluía: «*Beyond the noble dream of scientific objectivity and the nightmare of complete relativism lies the terrain of pragmatic truth [...]. Such historical writing can provide knowledge that is useful even if it must be tentative*» (p. 1030).

³⁴ ANKERSMIT, F. R.: «La verdad en la literatura y en la historia», en OLÁBARRI, I., y CASPISTEGUI, F. J. (eds.): *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Computense, 1996, p. 62; «Historiography and postmodernism», *History and Theory*, 28 (1989), pp. 137-138.

ponentes más positivos de la oleada posmoderna (en toda su amplia variedad) que ha barrido la reflexión en el ámbito historiográfico ha sido el de hacer tomar conciencia a los historiadores de la necesidad de reflexionar sobre su propio quehacer, sobre lo que significa escribir historia³⁵. Resaltan estas tendencias la presión institucional que se apodera de la disciplina de Clío, cada vez más sometida a pautas empresariales en las que la productividad se comienza a convertir en norma obligada y, con ella, el distanciamiento de la calidad. Además, de la mano de estas corrientes se ha producido un ensanchamiento temático y metodológico de la disciplina y, como veíamos para el ámbito literario, una percepción de los límites a los que se reducía la historia académica, incluso la más nueva de las nuevas historias, y con ello sus consecuencias en el ámbito de la enseñanza. Y ello aunque esta necesidad de autocrítica —especialmente en lo tocante a la objetividad, veracidad y neutralidad de su labor— no se contradiga con el mantenimiento, especialmente en algunos sectores reacios a los planteamientos más radicales del posmodernismo, del sentido común disciplinar, de las buenas viejas pautas profesionales, de un empirismo al que se considera como el mejor respaldo frente al hipercriticismo posmoderno. En definitiva, se opondrían una crítica a la «verdad» y la objetividad del conocimiento histórico frente a una defensa de esos principios, aun reconociendo sus limitaciones; una crítica a los grandes argumentos interpretativos frente al mantenimiento de mínimos comunes a la práctica disciplinar. De hecho, uno de los ejes de la posmodernidad aplicada a la disciplina histórica, tal como los define Pérez Zagorin, es que «*it also criticizes as elitist and oppressive the idea of a canon, which both modernism and humanism hold strongly in common, with its necessary discrimination and hierarchization among the creations of culture. The consequence is that postmodernism lends itself to a marked relaxation of cultural standards and sanctions an extreme eclecticism and heterogeneity without any critical or ordering principle*»³⁶.

³⁵ De la abundante producción sobre el impacto posmoderno en historia, cabe destacar el artículo de FINNEY, P.: «Review article. Beyond the Postmodern Moment?», *Journal of Contemporary History*, 40/1 (2005), pp. 149-165, un buen ejemplo de la utilidad y categoría de los buenos análisis bibliográficos y reflejo de la creciente importancia de estas prácticas en el desarrollo de la historiografía como conocimiento crítico de la disciplina. Véase también la inteligente crítica de THOLFSEN, T.: «Postmodern theory of history: a critique», *Memoria y Civilización*, 2 (1999), pp. 203-222.

³⁶ «Historiography and postmodernism: reconsiderations», *History and Theory*,

Más allá de las consideraciones acerca de la bondad o la perversidad del influjo de la crítica posmoderna, cualquier aproximación a la historia del último medio siglo en la historiografía muestra la creciente apertura del campo temático, la inclusión de aspectos a los que cincuenta años atrás se dejaba por completo de lado. De alguna manera, al hablar del canon en la ciencia de Clío cabría distinguir entre, por una parte, el canon histórico, a saber, lo que disciplinariamente se admite como objeto de investigación, lo que quienes practican la escritura histórica consideran digno de atención, los temas que se consideran relevantes; y, por otra parte, el canon historiográfico, el conjunto de estudios que, de alguna manera, se consideran paradigmáticos, ejemplos de la aplicación de los estándares de la disciplina³⁷. Me refería a la primera percepción del canon al hablar de la ampliación de la temática histórica, porque la segunda, muy vinculada al interior de la profesión histórica, muy profesionalizada, muy académica, se mantiene como un reducto cerrado. Esto no implica que no haya influencias mutuas entre ambos tipos de canon en historia; la apertura temática implica la elaboración de nuevos clásicos historiográficos (e incluso que éstos generen una mayor atención hacia temáticas hasta ese momento marginales), pero también parece claro que dicha incorporación al canon historiográfico se produce de forma más lenta. Como resume Gabrielle Spiegel,

«the very rigidity of historiographical canons is a symptom of the vulnerability of all historical discourse to precisely this fracturing of meaning and reappropriation of lost terms on the part of new groups, whose changing social conditions and needs endlessly generate the demand for new kinds of history and for access to earlier structures of significance. Against the canon, social reality always stands as a certain pressure, a destabilizing force in cultural production. In that sense, any canon of history contains within it an already contested past and potential

29/3 (1990), p. 265. Forma parte este artículo de una polémica establecida con Frank R. Ankersmit a raíz de la publicación por este último del ya citado «History and postmodernism».

³⁷ Arthur O. Lovejoy añadiría otro tipo de canon en historia, más metodológico y empírico: «*canons of evidence*», «*general principles of empirical probability which are used by all*» y «*those special canons of evidence which have been developed by critical historiographers to meet their own special problems*» [MANDELBAUM, M.: «Arthur O. Lovejoy and the theory of historiography», *Journal of the History of Ideas*, 9/4 (1948), p. 419].

and is, by its very nature, the product of a continuing negotiation between competing interests, values and ideological aspirations»³⁸.

Los clásicos de la historiografía son evidentemente mucho menos accesibles o interesantes para el gran público que los de la literatura, pero su presencia permite la inserción de los historiadores en un *continuum* intelectual y en un contexto heurístico específicos. Han sido varias las propuestas en este sentido, como por ejemplo lo que Gadamer define como su «experiencia de la tradición»³⁹; o la sugerencia de John Pocock respecto a la historia del pensamiento político: no estudiar tanto filosofías sistemáticas y bien definidas, menos aún teóricos individuales aislados, sino más bien lenguajes políticos, formas de discurso al alcance de quienes discuten los asuntos políticos en tiempos y lugares concretos; o incluso el estudio diacrónico de los conceptos para examinar su variabilidad e inserción en su tiempo⁴⁰. De hecho, por ejemplo, cuando Donald Kelley habla de la historia

³⁸ «Medieval canon formation and the rise of royal historiography in old French prose», *MLN*, 108/4 (1993), p. 653. En periodos remotos de la historia de la historiografía parece más clara la existencia de este canon historiográfico. Véase, por ejemplo, el libro de NICOLAI, R.: *La storiografia nell'educazione antica*, Pisa, Giardini, 1992, donde describe un canon de historiadores fluido, aunque siempre en torno a seis autores griegos incuestionables: Tucídides, Herodoto, Jenofonte, Eforo, Filisto y Teopompo; amplía algo más esta lista SCHLECT, C.: «Learning history», *Credenda*, 11/3 (2005), en www.credenda.org.

³⁹ En *Verdad y método*, I, *Fundamentos de una hermeneútica filosófica* (Salamanca, Sígueme, 1984, p. 353), señala: «Lo que satisface a nuestra conciencia histórica es siempre una pluralidad de voces en las cuales resuena el pasado. Este sólo aparece en la multiplicidad de dichas voces: tal es la esencia de la tradición de la que participamos y queremos participar». En *El problema de la conciencia histórica* (Madrid, Tecnos, 2001) indica que, respecto al pasado, «la actitud auténtica es aquella que interpela a una "cultura" de la tradición en el sentido literal de la palabra, un desarrollo y una continuación de aquello que reconocemos como siendo el lugar concreto entre todos nosotros. Ella no se asimila evidentemente hasta que miramos en un espíritu objetivista lo que nos ha sido entregado por nuestros antepasados, es decir, como el objeto de un método científico o como si fuese algo profundamente diferente, completamente extraño [...] La realidad de la tradición no constituye, de hecho, un problema de conocimiento, sino un fenómeno de apropiación espontánea y productivo de contenidos transmitidos» (pp. 78-79).

⁴⁰ POCK, J. G. A.: «The history of political thought: a methodological inquiry», en LASLETT, P., y RUNCIMAN, W. G. (eds.): *Philosophy, Politics and Society*, Oxford, 1962, pp. 183-202 [citado por STURMAN, S.: «The canon of the history of political thought: its critique and a proposed alternative», *History and Theory*, 39/2 (2000), p. 157]; BRUNNER, O.; CONZE, W., y KOSELLECK, R. (eds.): *Geschichtliche Grundbegriffe: Historisches Lexicon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, 1972-1993;

no canónica durante el siglo XIX incluye en ella aquellos aspectos que la profesionalización creciente de la historia en aquellos momentos no admitía todavía en su seno⁴¹.

Si nos preguntásemos, por tanto, acerca de los motivos por los que desde los años ochenta se hayan producido sacudidas sucesivas, radicales controversias en relación con su enseñanza, habría que fijarse en la paulatina apertura del canon temático, en la incorporación progresiva de temas dejados de lado hasta esos momentos, en el reconocimiento de la necesidad de asumir los fragmentos de la realidad que habían quedado al margen y en las consecuencias metodológicas de esa apertura. Lawrence W. Levine señalaba que este canon histórico estaba compuesto «*not of authors and texts but of events and contexts. As the historical canon has broadened and deepened in recent decades [...] historical debates have been transformed from healthy and necessary arguments over interpretations to disputes over legitimacy*»⁴². El énfasis acerca del canon en la disciplina histórica pasa por la legitimación de los temas abordados, por la validez de lo que se considera relevante, y eso implica una agria polémica cuando se produce la inclusión de voces marginadas bien recogida en las llamadas guerras culturales⁴³, o guerras de la historia, o en las controversias

una explicación de la *Begriffsgeschichte* en HÖLSCHER, L.: «Los fundamentos teóricos de la historia de los conceptos (*Begriffsgeschichte*)», en OLÁBARRI, I., y CASPISTEGUI, F. J. (eds.): *La «nueva» historia cultural*, pp. 69-82; para España puede verse el reciente *Diccionario político y social del siglo XIX español*, editado por J. FERNÁNDEZ SEBASTIÁN y J. F. FUENTES, Madrid, Alianza, 2002, así como el dossier que le dedicó *Ayer* bajo la dirección de los mismos autores, «Historia de los conceptos» [53/1 (2004), pp. 11-151].

⁴¹ KELLEY, D. R.: *Fortunes of History. Historical inquiry from Herder to Huizinga*, New Haven, Yale University Press, 2003, p. XIII, y el capítulo «Beyond the canon» (pp. 254-279), donde incluye, por ejemplo, la prehistoria, la historia cultural, pero también la historiografía de aquellas naciones sin Estado durante el siglo XIX: «*[t]hese interstitial traditions also had their literary masterpieces*» (p. 272). Traza también Kelley un panorama del canon en la historia de las ideas como homenaje a su creador en su edición de LOVEJOY, A. O.: *The history of ideas. Canon and variations*, Rochester, University of Rochester Press, 1990.

⁴² «Clio, canons and culture», *The Journal of American History*, 80/3 (1993), p. 853.

⁴³ Término acuñado por HUNTER, J. D.: *Culture wars. The struggle to define America. Making sense of the battles over family, art, education, law and politics*, Nueva York, Basic Books, 1991, teniendo en mente las similitudes y diferencias entre su propio tiempo y el del *Kulturkampf* alemán, del que proviene la expresión anglosajona. Para Rhys H. Williams «*a major realignment of sensibilities and controversial issues*

sobre los contenidos de la historia en la enseñanza. En definitiva, como señala Lawrence Levine, se discute sobre la legitimidad de lo que se incluye en la historia, aunque la pasión del momento haga olvidar que el canon temático de hoy no es sino la propuesta radical que se formuló en tiempos no tan remotos. Tras estas cuestiones no hay habitualmente un debate historiográfico, sino una cuestión de política identitaria, de identidad nacional⁴⁴. Así, en Estados Unidos se pasó del énfasis en la cultura clásica, recibida de la herencia europea, al patriotismo militante surgido en torno a la Primera Guerra Mundial y encarnado en el desarrollo de la asignatura «Western Civilization». ¿Cuál era su objeto? Integrar a los inmigrantes, mostrar los lazos comunes entre la Europa de procedencia de muchos de ellos y la renovada —y mejorada— «Europa» del otro lado del Atlántico. Era una visión occidental, excluyente, unitaria, satisfecha de los logros de un mundo cerrado culturalmente al que los historiadores cada vez estaban menos apegados y que contradecían crecientemente en el desarrollo del canon historiográfico⁴⁵. Del mismo modo, en la China imperial, el canon de los cuatro clásicos y su incremento

*means that the body politic is now rent by a cultural conflict in which values, moral codes, and life-styles are the primary objects of contention» [en «Introduction» a WILLIAMS, R. H. (ed.): *Cultural wars in American politics. Critical reviews of a popular myth*, Nueva York, Aldine de Gruyter, 1997, p. 1]. Véanse también WHITEHEAD, F. (ed.): *Culture wars: opposing viewpoints*, San Diego, Greenhaven, 1994; GITTLIN, T.: *The twilight of common dreams. Why America is wracked by culture wars*, Nueva York, Metropolitan, 1995; GERSON, M.: *The neoconservative vision: from the cold war to the culture wars*, Lanham, MD, Madison, 1996.*

⁴⁴ Ocurrió en Estados Unidos, en torno a finales de los años ochenta y principios de los noventa, con libros como los mencionados de Allan y Harold Bloom o, por ejemplo, los de BENNETT, W. J.: *The de-valuing of America: the fight for our culture and our children*, Nueva York, Summit Books, 1992; D'SOUZA, D.: *Illiberal education. The politics of race and sex on campus*, Nueva York, Free Press, 1991, o, más recientemente incluso, con la polémica generada por HUNTINGTON, S., en su *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*, Barcelona, Paidós, 2004 (ed. original, Nueva York, Simon and Schuster, 2004). Una respuesta es la de LEVINE, L. W.: *The opening of American mind: canons, culture, and history*, Boston, Beacon, 1996, con la que trata de mostrar históricamente la permanente transformación de los contenidos del canon histórico reflejado en la enseñanza, frente a la mitologización y fijismo de un canon que nunca fue inmutable, o la de CASEMENT, C.: *The great canon controversy. The battle of the books in higher education*, New Brunswick, Transaction Publishers, 1996.

⁴⁵ LEVINE, L. W.: «Clio, canons, and culture», pp. 858-862; ALLARDYCE, G.: «The rise and fall of the Western Civilization Course», *American Historical Review*, 87/3 (1982), pp. 695-725; la réplica de LOUGEE, C. C.; ROSSABI, M., y WOERHLIN, W. F.:

posterior hasta trece tenía como objetivo último definir por completo el contenido de la enseñanza, aunque no de forma cerrada y definitiva, sino abierto a posteriores incorporaciones⁴⁶. Y, sin embargo, han sido estas guerras culturales las que han puesto sobre la mesa la cuestión del canon, especialmente en lo relativo a la difusión de ese canon, a la gestión del capital cultural del que habla Bourdieu. En último término, estaríamos ante una cuestión más pedagógica que de reflexión teórica, la lucha «*with the problem of choosing what history and whose history children should learn in school*»⁴⁷. Los «National Standards for History» en Estados Unidos; la necesidad de reelaborar los contenidos históricos de la enseñanza en Rusia a partir de la desaparición de la URSS; la reestructuración de la materia en la Sudáfrica posterior al *apartheid*; los conflictos en Alemania o Japón acerca de su papel durante la Segunda Guerra Mundial y su reflejo en la educación; los cambios en el currículum nacional que puso en marcha el gobierno británico a partir de 1988 (Margaret Thatcher afirmó: «*Children should know the great landmarks of British history and they should be taught them at school*») ⁴⁸, o los bien conocidos

«Comments», en *ibid.*, pp. 726-738; y la contrarréplica de ALLARDYCE: «Reply», en *ibid.*, pp. 739-743; véanse también McNEILL, W. H., *et al.*: «Beyond Western Civilization: rebuilding the survey», *The History Teacher*, 10/4 (1977), pp. 509-548; BIRKEN, L.: «What is Western Civilization?», *The History Teacher*, 25/4 (1992), pp. 451-461; NASH, G. B.; CRABTREE, C., y DUNN, R. E.: *History on trial. Culture wars and the teaching of the past*, Nueva York, Vintage Books, 2000 (1.^a ed., 1997), pp. 164-171. Como señalaba Siep Stuurman, «*the canonical story of political thought is at the very center of European, and more generally, Western identity. It represents the intellectual component of a more general view in which the rise of the West is depicted as the gradual triumph of liberty and modernity*» («The canon of the history of political thought», p. 147, pero también pp. 149-151).

⁴⁶ CHANG, C.: «Chinese historical thought. Ancient to Ming», en WOOLF, D. R. (ed.): *A global encyclopedia of historical writing*, I, Nueva York, Garland, 1998, p. 158; viene a decir lo mismo en «China: Historical writing, ancient», en BOYD, K.: *Encyclopedia of historians and historical writing*, I, Londres, Fitzroy Dearnborn, 1999, p. 217; TI-SHAN, H.: «The history of the canon of the Chinese classics», *Journal of the American Oriental Society*, 44 (1924), p. 278.

⁴⁷ NASH, G. B.; CRABTREE, C., y DUNN, R. E.: *History on trial*, p. XIII.

⁴⁸ NASH, G. B.; CRABTREE, C., y DUNN, R. E.: *History on trial*, pp. 128-148, la cita en la p. 142; puede verse, con carácter genérico, BARTH, J. L.: «A comparative study of the current situation on teaching about World War II in Japanese and American classrooms», *International Journal of Social Education*, 6 (1991), pp. 7-19; LERNER, R.; NAGAI, A. K., y ROTHMAN, S.: *Molding the good citizen. The politics of high school history texts*, Westport, Praeger, 1995; HEIN, L., y SELDEN, M. (eds.):

y turbulentos debates en torno a la enseñanza de la historia en España⁴⁹. Para Nash, Crabtree y Dunn, «[w]herever history wars have

Censoring history. Citizenship and memory in Japan, Germany and the United States, Armonk, M. E. Sharpe, 2000; sobre Japón destaca una figura clave, Saburo Ienaga (1913-2002). Véase sobre él IENAGA, S.: *Japan's past, Japan's future. One historian's odyssey*, Lanham, Rowman & Littlefield, 2001. Ya en 1968 publicó el más difundido de sus libros, una visión crítica sobre el papel de Japón en la Segunda Guerra Mundial (traducción inglesa: *The Pacific War, 1931-1945. A critical perspective of Japan's role in World War II*, Nueva York, Pantheon, 1978). También de él puede verse «The glorification of war in Japanese education», *International Security*, 18/3 (1993-1994), pp. 113-133. Véanse también COGAN, J. J., y ENLOE, W.: «The Japanese history textbook controversy revisited», *Social Education*, 51 (1987), pp. 450-454; BEAL, T.; NOZAKI, Y., y YANG, J.: «Ghosts of the past: the Japanese history textbook controversy», *New Zealand Journal of Asian Studies*, 3/2 (2001), pp. 177-188. Para Sudáfrica pueden verse SAUNDERS, C.: *The making of the South African past. Major historians on race and class*, Ciudad del Cabo, David Philip, 1988; KISSACK, M.: «Irony as objectivity: orientations for history teaching in post-Apartheid South Africa», *Curriculum Studies*, 5/2 (1997), pp. 213-228; NUTTALL, S., y COETZEE, C. (eds.): *Negotiating the past. The making of memory in South Africa*, Ciudad del Cabo, Oxford University Press, 1998. Otros ejemplos del uso escolar de la historia en LOEWEN, J.: *Lies my teachers told me: everything your American history textbook got wrong*, Nueva York, New Press, 1995; MOELLER, R. G.: «War stories: the search for a usable past in the Federal Republic of Germany», *American Historical Review*, 101/4 (1996), pp. 1008-1048; SCHREIER, H., y HEYL, M. (eds.): *Never again! The Holocaust's challenge for educators*, Hamburgo, Krämer, 1997; EKLOF, B.; HOLMES, L. E., y KAPLAN, V. (eds.): *Educational reform in post-soviet Russia. Legacies and prospects*, Londres, Frank Cass-Routledge, 2005.

⁴⁹ Entre otros muchos, puede citarse ORTIZ DE ORRUÑO, J. M. (ed.): «Historia y sistema educativo», *Ayer*, 30 (1998); ALCÁZAR, J. (coord.): *Història d'Espanya: qué ensenyar? Debat al voltant de l'ensenyament de la història d'Espanya*, Valencia, Universitat de València, 2002; PÉREZ GARZÓN, J. S. (coord.): *La gestión de la memoria. La historia de España al servicio del poder*, Barcelona, Crítica, 2000; BOYD, C. P.: «El debate sobre la "nación" en los libros de texto de historia de España, 1875-1936», en CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C. (eds.): *Usos públicos de la historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Madrid, Marcial Pons-Prensas Universitarias de Zaragoza, 2003, pp. 145-171; BOYD, C. P.: *Historia patria. Política, historia e identidad nacional en España, 1875-1975*, Madrid, Pomares-Corredor, 1997 (ed. original, Princeton, Princeton University Press, 1997); MAESTRO GONZÁLEZ, P.: «El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia: límites y alternativas», en CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C. (eds.): *Usos públicos de la historia*, pp. 173-221; LÓPEZ FACAL, R.: «La enseñanza de la historia. Más allá del nacionalismo», en CARRERAS, J. J., y FORCADELL, C. (eds.): *Usos públicos de la historia*, pp. 223-256; también pueden verse los textos contenidos en la sección «Usos educativos de la historia», en FORCADELL, C., et al.: *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 327-394; CUESTA FERNÁNDEZ, R.: *Clío en las aulas. La enseñanza de la*

*broken out, national identity and collective memory are invariably the fundamental issues»*⁵⁰. No se trata, evidentemente, de una controversia en torno a una cuestión historiográfica, académica o intra-disciplinar, sino contextual, fruto de la apertura del debate más allá de las torres de marfil universitarias. No se puede obviar ese contexto, ni pedir aislamiento al historiador, pero sí tal vez ser conscientes de la importancia de esa situación.

De ahí que tal vez el mayor problema de todo ello sea que el debate se realice, en buena parte de las ocasiones, al margen del otro canon que mencionaba, el historiográfico. Si se tuviera en cuenta éste, podríamos apreciar que la transformación de los contenidos de la historia ha sido permanente, que el intento de sacralizar un canon temático va contra la misma esencia de la historia y que tratar de determinar su objeto último de atención y fijarlo de forma permanente no es sino una violencia en un proceso que es fluido, lo que no implica que sea relativo o aleatorio. No se trataría tanto de fosilizar temáticas, de constituir un canon cerrado, cuanto de abordar los innumerables y siempre cambiantes objetos históricos generados dentro de sociedades abiertas, a partir de un canon historiográfico que se convierta en hilo conductor, en referencia disciplinar para el análisis de los hechos y sus contextos. A partir de ahí, el examen de la repercusión que dichas transformaciones provocan (o no) en la enseñanza podría —y, de hecho, es— un ámbito de extraordinario interés para el conocimiento del propio canon.

Es evidente que estas transformaciones en el contenido de la enseñanza de la historia (y otras disciplinas humanísticas) han tenido repercusiones en el seno del canon historiográfico, pero de mucho menor calado.

Los clásicos españoles de la editorial Urgoiti

¿Cómo encajar en este contexto la propuesta de canon que nos ofrece Urgoiti? Si la crítica posmoderna cuestiona de raíz la propia existencia de modelos canónicos, si la reflexión historiográfica vin-

historia en España entre reformas, ilusiones y rutinas, Madrid, Akal, 1998; es muy útil la web «Memoria histórica», que recoge una amplia selección de artículos de prensa en torno a esta cuestión: www.almendron.com/politica/spain/memoria.htm.

⁵⁰ NASH, G. B.; CRABTREE, C., y DUNN, R. E.: *History on trial*, op. cit., p. 128.

culada a estos planteamientos considera inviable la existencia de unas pautas que rijan la escritura histórica por su radical subjetividad y caducidad, por su partidismo y, por tanto, su ineficacia; si el propio concepto de canon implica variabilidad, ¿supone su formulación obsecarse en la defensa de esa pauta?, ¿tiene sentido mostrar modelos en un contexto intelectual en el que hay quien considera que implican coacción, recorte a la libertad, referencias caducas?

Una posible respuesta a estas objeciones radica en la aparición de este conjunto de textos. El objetivo de la colección no es tanto la de crear un listado, un sílabo, en el que se contenga la relación de obras consagradas como modelo de referencia en la historiografía española, sino más bien la de crear un conjunto de instrumentos que permitan «pensar la historiografía de modo más erudito y más pluridisciplinar. Para ello se echa de menos un trabajo conjunto que proporcione unas claves más complejas de lectura de los discursos»⁵¹. Tal vez aquí radique la gran virtud de esta nueva propuesta editorial. El sentido de la edición de las obras recogidas no se apoya en las obras en sí mismas, sino en el conjunto de todas ellas dentro de su propio contexto temporal. Ver el canon como una manifestación de profundas batallas culturales, como reflejo de las cambiantes formas de la corrección política o como un conjunto de reglas impuestas que regulan la producción cultural no es suficiente, aunque pueda ser útil⁵². El valor de los libros publicados no se agota en cada uno de ellos, sino que da sentido a una tarea de más amplio alcance: la de proporcionar instrumentos para construir una historia de la historiografía española⁵³. ¿Por qué entonces los amplios, trabajados y exhaustivos prólogos que anteceden las páginas de los clásicos historiográficos? Para contribuir a un mejor conocimiento no sólo de la obra y el autor, sino, de forma genérica, de la historiografía del tiempo que acoge esa obra y ese autor. Los clásicos de Urgoiti no

⁵¹ *Catálogo general. Colección Historiadores, op. cit.*, p. 8.

⁵² SELA-SHEFFY, R.: «Canon formation revisited: canon and cultural production», *op. cit.*, p. 150.

⁵³ El director de la colección, Ignacio Peiró, ha contribuido a este objetivo general con la edición, junto a Gonzalo Pasamar, del *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*, Madrid, Akal, 2002. En el prólogo señalaban que el objetivo del mismo era «contribuir al conocimiento de la historiografía española contemporánea y el propósito de ser un instrumento para la enseñanza de la historia en sus diferentes niveles. Mucho más cuando se trata de la primera obra de estas características que se publica en España» (p. 30).

conducirían tanto a la elaboración de las reglas del arte historiográfico como a la clarificación de los ancestros, al establecimiento de la genealogía intelectual desde los orígenes de la disciplina y en su relación con el fluido campo de las ciencias del espíritu. Como señalaba Lawrence Levine al identificar los rasgos del canon en historia⁵⁴, su preocupación es sobre todo fijarse en los hechos considerados históricamente relevantes y su contexto, servirse de él como una vía para el conocimiento de un sector social concreto, el de los historiadores, con sus propias concepciones de la verdad, la objetividad, la fragilidad o debilidad analítica vinculadas a la época en la que viven.

Si revisamos los libros de los contemporaneístas contemporáneos elegidos (los de García Ormaechea, *Supervivencias feudales en España*; Pabón, *Las ideas y el sistema napoleónicos*; Valera, *Obra histórica* —especialmente la continuación de la historia de Lafuente—, y Pirala, *Vindicación del General Maroto* —dejo de lado los de Torre y Tubino, de carácter más literario—), su reducido número indica bien a las claras la reciente implantación de los estudios de historia contemporánea, incluso teniendo en cuenta que García Ormaechea y Valera no fueron historiadores sino de forma circunstancial. Sin dejar de ser obras de gran significación en la trayectoria individual de cada uno de sus autores, su valor real no está tanto en las obras en sí mismas como en la conjunción de éstas y los prólogos que las anteceden. Por sí solos, estos libros carecen de la relevancia que les daría la excelencia literaria de, por ejemplo, las novelas de Valera. Sin embargo, en el análisis de los mismos, en su contextualización, en su situación dentro de la historiografía, adquieren el valor de hitos significativos. Superada hoy la afirmación de Pirala de que la erudición permite esclarecer la verdad escribiendo los hechos no «como se les ha creído, sino como han sido»⁵⁵, el valor de esta seguridad positivista radica en el reflejo de una forma de hacer, de entender y de transmitir la historia. Del mismo modo, afrontar la obra de Jesús Pabón sin atender al contexto no solamente político, sino sobre todo historiográfico, entraña el riesgo de no considerar un libro cuyos valores afloran de ese contexto. Como señala el profesor Sánchez Ron, «[s]i vemos en alguna de esas grandes obras errores o ingenuidades que nosotros

⁵⁴ «Clio, canons and culture», *op. cit.*

⁵⁵ RÚJULA, P.: «Antonio Pirala y la historia contemporánea», en PIRALA, A.: *Vindicación...*, *op. cit.*, p. LXI.

hemos ya superado, deberíamos conmovernos contemplando el ejemplar esfuerzo de aquellos que nos precedieron»⁵⁶.

Por ello, la edición de estos clásicos de la historiografía, con todo lo que de cuestionable pueda tener la elección de los nombres concretos, se justifica a partir de un objetivo más amplio y encuentra acomodo en un panorama intelectual en el que las fuentes de verdad absolutas se han visto profundamente cuestionadas merced a la pretensión de integración, de recogida de voces diversas, de inserción de lo múltiple en el contexto más amplio de la época. No se trata de proclamar verdades historiográficas, sino de mostrar las distintas caras que una labor profesional ha señalado en dos siglos de consolidación. Preocuparse por la historiografía tiene, por tanto, una evidente conexión con la crítica posmoderna, dado que implica la reflexión sobre los textos y los discursos que fundamentan la tradición. No se trata tanto de crear un canon *ex novo*, sino de identificar los elementos que pudieran constituirlo, de señalar los rasgos de un grupo que se acerca al pasado con pautas crecientemente profesionalizadas. Buscar un canon contribuye a objetivar un objeto, a darle realidad. En último término, implica situar al grupo de los historiadores en la sociedad, tratar de responder a la pregunta de qué somos y qué hacemos en nuestro propio contexto.

La elección de los «clásicos» será siempre cuestionable, pero los incluidos en este catálogo cumplen con la necesidad de recoger hitos significativos, bien sea por las obras en sí mismas, bien por el autor que las realiza. Además, resulta representativa su adscripción a los distintos momentos por los que, desde comienzos del siglo XIX, se asiste a la consolidación y profesionalización de la disciplina. Tal vez por ello, y porque no es el objeto de la colección construir un panteón cerrado, sino contribuir a un mejor conocimiento de lo que era la historia y lo que significó ser historiador en España, los 17 «clásicos» publicados, hasta ahora, por Urgoiti, parecen una buena forma de abordar esta tarea.

⁵⁶ *El canon científico, op. cit.*, p. 107.